



*Un lugar
donde encontrarnos
Carola Vercaigne*





1. LA CAÍDA

El impacto contra el agua fue brutal, tan doloroso como si un millar de alfileres atravesaran su piel. No fue lo peor que la pequeña niña experimentó ese día. En un milisegundo la quemazón del golpe se extendió desde su espalda hacia cada una de las partes de su menudo cuerpo. Y al mismo tiempo, en una simbiosis perfecta, el frescor del agua empapó su ropa y acarició su piel regalándole una fugaz tregua a su agonía. Instintivamente la niña abrió la boca e inhaló. Lo hizo justo antes de que la corriente se enredara entre sus piernas y se la llevara hacia las profundidades.

La temperatura descendió de repente y el frío se volvió un castigo, tanto como lo era el peso de sus ropas mojadas y la tirantez de sus carrillos hinchados de aguantar la respiración. La luz, antes radiante y cegadora, se tornó lúgubre. El pánico se apoderó de ella y de sus movimientos que, cada vez más desesperados, intentaban seguir el reclamo de los rayos que danzaban en la superficie. Braceó y pateó, pero fue inútil. Sus pulmones protestaron ante la falta de oxígeno y, cuando ya no pudo aguantar más, la niña soltó y las burbujas se catapultaron hacia la libertad mientras que ella se precipitó más y más hacia el fondo.

El tiempo pareció ralentizarse y todo quedó congelado en una calma silenciosa. Sus brazos y piernas dejaron de moverse. Pestañeó con lentitud bajo los mechones ondulados de su melena rojiza, reparando así en las figuras borrosas de los objetos que se hundían con ella. No llegó a distinguir qué eran, como si pesaran toneladas, sus párpados comenzaron a cerrarse, su cuerpo se fusionó con la marea y una sensación de paz la embargó.

No fue consciente de que seguía lúcida hasta que otra corriente, una más cálida y generosa que la primera, tiró de ella y la impulsó hacia las alturas para alzarla sobre las olas. Éstas, felices por la nueva visita, la usaron para sus juegos y durante un buen rato que a Emilia se le hizo eterno, la zarandearon sin piedad y la llevaron a su antojo de un lado a otro hasta que por fin se cansaron y la dejaron en la orilla.

Era un guiñapo maltratado cuando, a la rastra, se alejó del agua. Tosía, tiritaba y lloraba. Todo a la vez. Estaba a salvo de milagro.

Para recobrar el aliento se quedó tirada sobre las piedras blancas y, solo cuando sintió su corazón había dejado de rugir en sus oídos y había recuperado parte de sus fuerzas, se atrevió a incorporarse.

Enseguida la inquietud hizo presión en su pecho. ¿Dónde estaba?



Emilia no reconocía el lugar. Era la primera vez que estaba en esa playa. ¿Lo era? Frunció el ceño, no estaba segura.

Trató de pensar, de recordar, pero un estallido muy fuerte zumbó en su cabeza y le hizo apretar los dientes por el dolor.

—¡Au!—se quejó llevando la mano a ese punto que quemaba en su frente.

Una lágrima enorme rodó por su mejilla, pero se la limpió con brusquedad. No quería llorar, tenía que ser fuerte, una niña valiente. Ella era fuerte.

—Sí, soy fuerte —musitó.

Alzó la vista y sus ojos grises se detuvieron en el enorme grifo que, enganchado a una nube, colgaba encima del agua, demasiado alto para alcanzarlo.

Ladeó la cabeza a un lado observándolo curiosa, quizás era por ahí por donde había caído.

Volvió a frotarse la frente: intentar recordar le hacía daño, así que se levantó del suelo y con paso torpe empezó a recorrer la playa. Tenía que ir saltando por encima de los pequeños montículos de objetos desperdigados por la superficie. Había muchas cosas, pero lo primero que llamó su atención fueron los muñecos y peluches; los había de todo tipo, grandes como ella, pequeños como la palma de su mano y de diferentes formas y colores. No era lo único que llenaba aquel extraño lugar, Emilia también vio ropa, joyas, llaves y... —¡Cuentos!

En sus labios se amagó una sonrisa. A ella le gustaban los cuentos, de eso estaba segura.

Llegó al final de la playa y regresó sobre sus pasos hasta que alcanzó el otro extremo. Dio varias vueltas más, pero por más que buscó, no encontró ninguna salida. Una alta pared de roca, blanca como la grava fina y pulida de la arena, sitiaba el espacio de tierra. Daba igual que Emilia se pusiera en el borde de la derecha, de la izquierda o en el centro, más allá, en el horizonte, solo se veía mar. Se encontraba en una playa acotada por una pared a su espalda y por el mar al frente. Lo único que rompía la armonía de aquel paisaje era el gigantesco grifo metálico que colgaba del cielo. ¡Qué raro!

No había nada ni nadie más, estaba sola. Muy sola.

—Sola.

La expresión de Emilia se curvó en un puchero, la nariz empezó a picarle y los ojos se le llenaron de lágrimas. La certeza de no tener a nadie era peor que la caída y los golpes, mucho, muchísimo peor. Compungida, echó mano al muñeco que tenía más cerca; uno amarillo chillón con forma de pez. Sin dejar de llorar lo estrechó contra su pecho y se hizo un ovillo.

—Ma... —gimoteó, incapaz de terminar de pronunciar la palabra más mágica del mundo, una que sabía que tenía el poder suficiente de poner fin a su tristeza, pero que el dolor le impedía recordar—. Quiero ir a casa.

Su sollozo resonó en la soledad de aquel extraño lugar en el mismo instante que la luz se apagó y la oscuridad la envolvió.





2. LAS SIRENAS, BASTIAN Y EL KRAKEN.

El ruido de las voces le llegó casi a la par que la luz intensa atravesó sus párpados. Era brillante, amarilla... La niña parpadeó una, dos y tres veces hasta que logró enfocar los rostros de las dos mujeres que se inclinaban sobre ella; con forma de manzana el de una y alargado y delgado el de la otra. Eran distintas, y sin embargo muy parecidas. Ambas llevaban el pelo recogido en una especie de moño alto que, cada una a su manera, adornaban con conchas, caracolillos vivos y algas de estridentes colores.

—Mira, Cari, la cosa se mueve —le dijo la mujer de cara alargada a la otra, haciendo aspavientos exagerados hacia ella.

La niña arrugó la nariz. ¿Hablaban de ella?

—Uy, sí, sí se mueve. ¡La cosa se mueve! —exclamó sorprendida la que se llamaba Cari, abriendo desmesuradamente sus ojos marrones, lo que hizo que el maquillaje de alegres colores y los puntos de purpurina que los perfilaba resaltaran y emitieran preciosos destellos.

—Te lo acabo de decir —soltó la compañera en un tono irritado—. No sé por qué me haces repetirte todo mil veces. Siempre estamos igual.

Cari bufó y Emilia, que todavía estaba tumbada sobre la arena y los guijarros, se removió incómoda, lo que provocó que las dos mujeres dejaran de discutir entre ellas para mirarla.

—¿Qué haces, cosa?

—¿Dónde quiere ir? —Cari movió la cabeza en un claro gesto de confusión.

Ya no había duda, ella era la cosa.

—¡Yo no soy una cosa! —protestó molesta, apoyando el codo en la arena para reclinarse y ver mejor. ¿Cómo podían llamarla cosa? ¿Acaso no era evidente que era una niña?

—¡La cosa habla! —chilló la primera alejándose, lo que provocó que la otra la imitara con un movimiento brusco, eso hizo que algunos de los caracolillos que adornaban su moño cayeran al suelo. Los animalillos no perdieron el tiempo y huyeron a toda prisa hacia el agua.

—¿Ara, tú crees que es una cosa peligrosa?

—A lo mejor muerde, Cari. Hay que andarse con mucho ojo, estas cosas no son de fiar.



Aprovechando el espacio que le habían dejado, la niña se incorporó. Estaba decidida a decirles que no mordía, que eso estaba muy mal, pero entonces fue ella la que abrió mucho los ojos y la boca por la sorpresa.

—¡Sirenas! —exclamó.

Las mujeres dieron un respingo.

—¿Dónde? —preguntaron al unísono.

Contorsionando sus troncos se giraron a un lado y a otro para abarcar toda la playa, más caracolillos escaparon de sus peinados.

—Yo no escucho nada, Ara.

—Yo tampoco, Cari.

La niña negó y apuntó con el dedo hacia las colas de brillantes escamas que sustituían lo que deberían ser sus piernas. De tonos púrpuras y lilas la de Ara y azules verdosos la de Cari. Más bonitas no podían ser.

—Me refiero a vosotras, vosotras sois sirenas.

Las mujeres bufaron e hicieron gestos exagerados con las manos.

—Esta cosa dice muchas locuras, Cari.

—Debe haberse dado un golpe muy fuerte al caer, tal vez está estropeada. ¡Oh cielos! ¿Se habrá roto?

Cari se arrastró por la arena hasta ponerse otra vez a su lado, luego le levantó el brazo, miró por debajo y por arriba, lo volvió a dejar como al principio y se encaró con Ara.

—No encuentro ninguna pieza suelta.

—Eso es porque no soy una cosa. Soy una niña y me llamo Emilia —Para dar más énfasis a sus palabras la pequeña se puso en pie, chapoteando en el agua que llegaba hasta la orilla—. ¿Lo veis?

Con gesto concentrado, las sirenas alzaron sus barbillas, la repasaron despacio de arriba abajo y, tras unos instantes, como si no estuvieran muy convencidas, compartieron una mirada de confusión.

—Ara, en serio, dímelo tú, que sabes más. ¿Esta cosa es una Emilia?

La mencionada chasqueó la lengua y se rascó la barbilla sin dejar de estudiarla.

—¿No ves lo pequeña que es? No, Cari, claro que no. No puede ser una Emilia, como mucho será una Emil o una Ilia.

—¡No soy pequeña! Tengo todos estos años.

La niña les enseñó su palma abierta, pero las sirenas estaban tan enfrascadas en su conversación que no le hicieron ni caso.

—Mmm... Sí, sí, Emil suena mejor que Ilia. Tiene más sentido —Cari se mostró conforme.

—Lo que yo te diga. Además si no es una cosa eso que es una Ella, como nosotras.

—Como nosotras, obvio. No hay duda.

—Aja, tú hazme caso a mí que por algo soy la antigua.

Cari asintió enérgica a lo dicho por Ara y, como si acabaran de resolver un gran problema y estuvieran orgullosas de sí mismas, las sirenas colearon contentas por su destreza para desenmarañar enigmas tan complicados como el que tenían delante.

—¡Hey, compis!

Igual que las sirenas, Emilia, ahora llamada Emil, se volteó en dirección al reclamo que venía del extremo derecho de la playa.

—¡Es Bastian! —repuso Cari entusiasmada y, con nerviosismo, empezó a recoger los caracolillos que se habían quedado cerca de ella y a ponérselos en el pelo, acicalándose a toda prisa para estar lo más guapa posible. A su lado Ara llevó la mirada al cielo y resopló.



Esta reacción hizo gracia a Emil, pero cuando el visitante se acercó y pudo verlo mejor, las ganas de reír se disiparon por completo y, sin poder evitarlo, su garganta dejó escapar un grito ahogado que, por suerte, se vio acallado por los suspiros desenfundados de Cari.

—¿Qué, qué es? —preguntó asustada, dando un paso atrás para quedar protegida por las dos mujeres.

Si la imagen de las sirenas la había impresionado, la de aquel ser no se quedaba corta. Lo malo era que no podía decir que para bien. Emil no sabía cómo describir lo que veía. ¿Qué era Bastian? ¿Un hombre? Podría decirse que sí, su cara se asemejaba a la de un hombre, joven, con pómulos prominentes, labios carnosos y nariz chata. Llevaba el pelo muy corto casi rapado y las cejas caobas enmarcaban una mirada penetrante y sagaz. Su torso, musculoso, era sin duda de hombre, pero había ciertos cambios drásticos que lo alejaban bastante de considerarle un ser humano. Su piel, por ejemplo, no era como la de las sirenas, ni mucho menos como la de Emil, parecía dura, aunque lo que más llamaba la atención era el color: era roja, con claros y oscuros según las partes, pero definitivamente roja. Y las rarezas no terminaban ahí, porque sus manos eran más bien pinzas; grandes, gruesas con pinta de hacer mucho daño. Por último estaban las ¿piernas? Sí, tenía piernas, pero... aunque tenía dos y estaban ahí, colgaban sobre una especie de base a la que se conectaban seis fibrosas patas que eran con las que de verdad se desplazaba.

—¡Un cangrejo! —gritó al comprender lo que estaba viendo.

—Un crustáceo —la corrigió Ara.

—El más fabuloso de todos ellos —amplió Cari sin apartar ni un milímetro su mirada embelesada de Bastian, que ya estaba a punto de alcanzarlas.

—Buenos días, lindas caracolas de mar. ¿Qué ha traído hoy la marea?

—Descúbrelo tú mismo —dijo Ara haciendo un gesto airado hacia Emil, que ni siquiera respiraba.

El crustáceo se estiró sin moverse de su sitio.

—Vaya, vaya... ¿qué tenemos aquí?

Los ojos negros de Bastian se posaron sobre Emil a la vez que su sonrisa se ampliaba y una hilera de deslumbrantes y blancos dientes asomaba entre sus labios. Al instante, la niña se sintió reconfortada. Puede que de lejos pareciera un monstruo, pero a la vista estaba que el crustáceo no tenía nada de malo, más bien lo contrario, era cándido y amigable. Por si fuera poco desprendía un intenso aroma a menta fresca.

—Hola —saludó con timidez.

—¡Guau! ¡Sabe hablar!

Las seis patas de Bastian se agitaron levantando con el movimiento piedras y toda clase de chismes. Solo las sirenas y Emil permanecieron quietas.

—Es raro, ¿verdad? —la dulzura empalagosa de Cari contrastaba con la sequedad de Ara.

—¿De dónde ha salido?

—¿Tú qué crees?

La mirada de Bastian apuntó hacia el grifo y sus labios silbaron.

—Menudo viaje. Y bueno, ¿estás bien? ¿Cómo te sientes? ¿Puedes moverte? Emil abrió la boca dispuesta a responder, pero Cari se le adelantó.

—No está rota.

—Ya, pues mejor para mí. Pronto nos pondremos a trabajar.

¿A trabajar? Emil pestañeó confusa. De nuevo trató de intervenir y una vez más fue interrumpida.

—Y hablando de trabajo —dijo Ara en un tono serio, echando la mirada hacia el horizonte en el que se perdía el mar—, será mejor que no nos entretengamos más... ya sabéis cómo se pone...



—Uy sí, sí —Cari hizo un gesto que parecía de disculpa—. Bueno Emil, no dejes que el Kraken te coja todavía.

—Haz caso y no se te ocurra acercarte a Uardo —corroboró Ara con esa aridez de temperamento que la caracterizaba.

—¿El Kraken? ¿Uardo? —preguntó Emil angustiada. ¿Quién era el Kraken? ¿Y Uardo? ¿Eran lo mismo?

—Mañana volvemos, estate tranquila —Cari le lanzó un beso, haciendo oídos sordos a su angustia.

Con una agilidad pasmosa y antes de que la niña pudiera hacer nada para evitarlo, las sirenas le dijeron adiós con la mano y, sin más florituras, se zambulleron en el agua.

—Nos vemos, Emil, cuídate y haz ejercicio, da unos cuantos paseos. Lo importante es que no te quedes parada... —le fue indicando Bastian conforme iba adentrándose en el agua. Antes de sumergirse llevó su pinza a la frente y le dedicó el ademán a modo de despedida.

—No, ino os vayáis! Por favor, no —les suplicó ella desde la orilla.

Durante un buen rato se quedó allí parada, primero mirando las ondas que las sirenas y Bastian habían formado hasta que desapareció la última y, después, simplemente esperando que regresaran. No hubo suerte.

Emil soltó un suspiro quejumbroso, recogió el peluche con forma de pez y lo alzó para que sus ojos quedaran a la misma altura, ahora estaban ellos dos solos.

—La sirenita ha dicho que mañana vuelven... no hay que estar triste. ¿A que no, pececito? ¿A que no?

Se sorbió los mocos, le picaba otra vez la nariz. Eso era señal de que iba a llorar. Sacudió la cabeza con ímpetu para desprenderse de la desazón. La luz todavía se derramaba con fuerza sobre el paisaje así que dio un paseo por la playa, pero esta vez, para entretenerse, fue recogiendo todos los peluches que iba encontrándose. Poco a poco los apiló en un gran montón. Al principio los puso cerca de la orilla, pero enseguida se acordó de la advertencia sobre Uardo y se afanó en llevarlos al otro extremo, lo más lejos del agua que se podía y bien pegados a la pared rocosa. Aun con su mentalidad infantil, Emil llegó a la conclusión de que, si las sirenas y Bastian habían salido del mar era muy probable que Uardo, fuera lo que fuera, también lo hiciera.

Lo último que quería era que la pillara desprevenida mientras dormía. Solo de pensarlo se estremeció y tuvo que abrazarse a sí misma para controlar los temblores que agitaban su cuerpo. Sus labios se curvaron en un gesto de profunda tristeza. Desolada, cogió el pez al que había dejado apartado del resto para no perderlo. Se sentó con pesadez y lo observó con detenimiento. Gracias a él no estaba sola, era su amigo. Echó una mirada de soslayo a la pila de peluches. Por suerte no era el único que tenía.





3. LA RUTINA

No fue fácil acostumbrarse a vivir en la playa.

Tan cierto como que desde que llegó las sirenas la visitaban por lo menos una vez al día, salvo contadas excepciones, era que para Emil, el pensamiento o la frase que llevarán agregadas las palabras “antes de caer”, solían ir acompañadas de un fuerte dolor, uno insoportable que la dejaba sin respiración. El “antes de” solo le traía sufrimiento, así que a la fuerza no le quedó más remedio que quedarse con el “ahora”. El ahora era perfecto, la dejaba vivir tranquila, era simple y fácil. Justo lo que ella necesitaba. Ahora había luz y ahora ya no, eso significaba que había que despertar o dormir. Por supuesto ese era un conocimiento anterior, tal vez alguien se lo había enseñado. ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Dónde? Esas preguntas pertenecían al “antes de” así que las respuestas, por muy frustrante que esto fuera, no dependían de ella y mucho menos de sus recuerdos.

—Lo que es, es —se decía cuando empezaba a notar la característica presión en la frente que antecedió a la fulminante agonía.

Eso sí, que no pudiera recordar por sí misma, no era motivo suficiente para librarse de cuestionar cada paso que daba. Muchas eran las ocasiones en las que se descubría pensando en la cantidad de detalles que desconocía. Emil había asumido que su vida “antes de” era un misterio que no podía resolver, pero como era lógico para alguien que está en pleno desarrollo intelectual, tenía preguntas, muchas, muchísimas y sobre los temas más variopintos y dispares. Los libros que había encontrado en su búsqueda diaria de tesoros la ayudaban a resolver muchas de ellas, pero otras, sobre todo las que tenían que ver con la propia playa, costaba más responderlas y, por desgracia, las dos sirenas, sus tías, no le facilitaban para nada la tarea.

—¿Por qué caen cosas del tubo? ¿De dónde vienen?

—¿Por qué el cielo es azul y el océano líquido? —añadía Ara con despreocupación sin dignarse a mirarla.

—¿Vosotras también llegasteis por allí como yo?

—¿Por qué iba a ser así? —agregaba Cari esta vez, quizá ojeando alguno de los libros que Emil había encontrado.

—¿Qué hay más allá de las rocas?

—¿Quién sabe? —suspiraba alguna.



—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que llegué? —¿No llevas tú la cuenta?

—¿Por qué me duele la cabeza cuando intento recordar?

—¿Has pensado dejar de pensar?

—¿Podéis respirar bajo el agua?

—¿Tú no? —a Cari le sorprendía mucho que Emil manifestara sus diferencias. Ellas eran sirenas, tenían cola y la niña no, no había que ser muy listo para darse cuenta de esto. Sin embargo la tía más joven y risueña no parecía advertir esos detalles que las hacían tan distintas.

—¿Dónde vais cuando no estáis aquí? ¿Por qué no os quedáis conmigo?

—¿Por qué eres tan curiosa?

—El gato se comió la lengua.

—¡No es así!—resoplaba Ara ceñuda—. Es... la curiosidad mató al gato.

—¿Y por qué tuvo que matarlo? —se lamentaba Cari con pena.

La niña tardó lo suyo, pero al final comprendió que para conseguir información de las tías, no bastaba con preguntar, tenía que trabajárselo más. A veces, cuando estaba sola, mientras flotaba sobre la superficie del mar, nadaba o paseaba, Emil cavilaba sobre cómo sonsacarles lo que quería saber. En su mente recreaba, con todo lujo de detalles, los diálogos posibles sobre un tema concreto y las respuestas esquivas y quizás alocadas con las que las sirenas tratarían de despistarla y cómo ella debía reconducirlas. Aprendió, que si soltaba frases al aire como si fueran una certeza, solo tenía que esperar a que alguna de las sirenas, sobre todo Ara, a la que le encantaba dejar patente que era la antigua —quisiese eso decir lo que quisiese—, se encargara de desmentir o corregir lo dicho.

—Uy, qué frío hace hoy —las retó Emil en uno de sus duelos en los que solo ella sabía que estaban compitiendo y que alguien saldría vencedor.

—¡Eso es imposible! Aquí la temperatura no cambia nunca —le aseguró la tía Ara con una suficiencia cortante, al fin y al cabo su palabra era la ley.

—Cierto, siempre es igual. Ni frío ni calor —ahí estaba, la puntillita de la tía Cari revestida de dulzura.

—Como debe ser.

Emil sonrió satisfecha y, antes de volver a la carga, se entretuvo engarzando las piedras brillantes que después se trenzaría en el pelo. Inspiró hondo, preparándose para la verdadera batalla, lo anterior solo había sido una breve prueba. Llevaba tiempo con una inquietud en mente y era el momento de disiparla.

—He pensado que mañana nadaré más allá del grifo —comentó en un tono circunspecto. A su lado Ara levantó la barbilla y oteó el horizonte del mismo azul que sus ojos, pero, raro en ella, se mantuvo en silencio y fue Cari la que habló.

—¿Quieres visitar a la Ostra?

Emil disimuló su nerviosismo. ¡Lo sabía! Sabía que había alguien allí. Tragó saliva para deshacer un poco el nudo que se le había formado en la garganta.

—Sí.

—Pero, cielo, es muy peligroso y todavía eres pequeña —la preocupación empapaba el tono de voz de la tía Cari.

—Quiero conocerla. Necesito...

—La Ostra no está para complacer tus caprichos —comentó Ara, había retomado su lectura y tenía la vista baja, pero aun así era evidente la tensión en su cuello.

La mano de Cari se posó sobre la de Emil, cálida y reconfortante como era ella. Porque la tía Cari era dulce, casi empalagosa, mientras que Ara solía comportarse de una forma más seca. Raspaba como los pelos de las pinzas de Bastian. Una soñaba despierta y la otra prefería tener los pies en la tierra, o mejor dicho, las aletas en el agua



—Cariño, si no tienes alguna pregunta importante que hacerle no es necesario que vayas.

Emil vio la luz.

—¡Tengo muchísimas! ¡Cientos!

—Todavía eres muy pequeña, no entenderías nada y te ahogarías antes de llegar —el gruñido de Ara no la disuadió lo más mínimo.

Cari se encogió y le dedicó un gesto a modo de disculpa.

—Lo siento, pero eso es verdad.

—Podría...

—¿Cuántas veces hay que decírtelo, niña? No es buena idea.

—¿Por qué no? — estalló Emil de forma impulsiva, dándose cuenta al instante, pero tarde, de que había cometido un error.

—¿Y por qué sí? —Sentenció Ara dando un coletazo que las salpicó a todas. Así zanjaba ella las discusiones.

De un ademán brusco Emil se quitó la mano de la tía Cari de encima, tiró el colgante, se levantó y se alejó de sus tías. En momentos así las odiaba, las odiaba a las dos con toda su alma. A una por ser tan ruda e injusta y a la otra por su parsimonia.

Pisoteando el suelo con energía para descargar su furia, se dirigió hacia su nido, apartó la tela con una sacudida y entró. De manera inmediata le invadió una sensación de calma. Su refugio tenía un efecto balsámico en ella. Allí gozaba de todo aquello que le hacía la vida más cómoda y, sobre todo, más feliz; su pez, un mullido lecho hecho de suaves y blandos peluches, cuentos y libros con los que aprendía y se entretenía en las horas muertas que pasaba en soledad, llaves, pendientes y colgantes que ella modificaba y agrupaba para que reprodujeran las más dulces melodías... Y también, a parte de lo básico, guardaba aquello que por un motivo u otro hacía que su corazón palpitará con más fuerza o provocaban que el vello de sus brazos se erizara. Tesoros como el reloj con la imagen en la orla de una sirena de larga melena pelirroja que podría ser ella, un tenedor con los dientes doblados, la colorida pluma de un ave.

Sentada en el lecho tomó una profunda bocanada de aire. Vale, puede que esta vez la competición no hubiera ido lo bien que esperaba, pero tarde o temprano lo volvería a intentar y estaba convencida que lograría sonsacarles a las tías hasta el mínimo detalle de lo que necesitaba saber.

—Sí, eso haré.

Tal y como decía Bastian: "Perseverar y no rendirse es la clave", aunque su lema estaba muy distante del motivo por el que Emil lo utilizaba.

La niña resopló ofuscada.

Si tratar con las tías era complicado, hacerlo con el crustáceo era una tarea absolutamente imposible. No había ser más insufrible que él. Bastian tenía una sonrisa sempiterna, nunca se enfadaba, pero era un cansino monotemático. A él no le interesaba nada que no tuviera relación con el ejercicio físico.

—¿Lista para mover el caparazón?

Daba igual lo que Emil quisiera responder, él solo aceptaba un sí. Cuando el energético crustáceo aparecía; fuera cuando fuera, porque era habitual en él llegar sin previo aviso, la niña era muy consciente de que en los días siguientes no podría ni pestañear sin ver las estrellas. Con Bastian las agujetas infernales eran el premio gordo. Para más inri tenía una facilidad pasmosa para hacer oídos sordos a las súplicas, llantos y hasta berrinches. Las excusas eran una pérdida de saliva y energía que luego iba a necesitar. Y tan bien como se le daba ignorarla, era un genio usando su labia: su poder de convicción no tenía parangón.

—Por favor, no puedo más, no puedo, estoy cansada y no siento los pies... — gimoteaba, arrastrándose por la arena.



—Un poquito más y terminamos. Ya no te queda mucho para llegar a la meta. Haz que me sienta orgulloso. Tú puedes, niña. Eres una luchadora, fuerte, valiente... No querrás que me vaya triste.

Un manipulador, eso era. Emil aprendió esa palabra mucho tiempo después de haber caído en la playa, pero cuando la leyó en el diccionario con su significado al lado, la cara del adulador de Bastian se materializó en su retina. Estaba hecha para definirlo.

Aunque, para ser justos, había que reconocer que no todo lo que él aportaba era malo. Sí, al crustáceo le obsesionaba estar activo, no abusar de la pereza y tener unos hábitos de vida saludables, pero de no ser por él, Emil no habría superado su miedo al Kraken y su vida sí que habría sido un infierno.

Después de la advertencia de las tías el monstruo le daba pavor, pero su terror por él se acrecentó de forma exponencial cuando pudo ver por sí misma los colosales tentáculos emergiendo a poca distancia de la orilla. A partir de ahí, empezó a sufrir pesadillas y el simple hecho de pensar en tocar el agua con la punta del dedo gordo del pie hacía que su cuerpo se sacudiera con incontrolables temblores. El Kraken era un monstruo horripilante, un ladrón escurridizo que se llevaba sin permiso lo que se le antojaba y lo hacía con violencia y en grandes cantidades para no devolverlo jamás. ¿Y si hacía lo mismo con ella? ¿Dónde se la llevaría?

—No quiero que el Kraken me coja —le confesó a Bastian la primera vez que le propuso iniciarla en el fantástico mundo de la natación.

Puede que fuera por su tono de voz desesperado, por las lágrimas que rodaban incontrolables por sus mejillas o porque ese día lo pilló con la guardia baja, pero por primera y última vez, el crustáceo se apiadó de ella. No la presionó. Con paciencia y una delicadeza extrema se plantó a su lado, le levantó la barbilla con la pinza y le dedicó una intensa mirada.

—Uardo no es malo. Tienes que dejar de verlo de ese modo y aprender a convivir con él como has hecho con Cari, Ara y conmigo.

—Se lleva cosas, es un robón.

Bastián negó y el aroma a menta que desprendía su piel roja la envolvió.

—El miedo, Emil. El miedo es tu verdadero enemigo, contra él debes luchar. No permitas que te domine.

—¿Có... cómo lo hago? —balbuceó.

—Pres-ta a-ten-ción —dijo pronunciando cada sílaba muy despacio y con énfasis—. Si no quieres bañarte cuando Uardo esté por aquí, mira. Si no quieres que los chismes te caigan encima si estás bañándote, escucha...

¿TE ESTÁ GUSTANDO ESTA HISTORIA?

SI LA RESPUESTA ES SÍ, NO TE LO PIENSES, LLÉVATELO A CASA,

"UN LUGAR DONDE ENCONTRARNOS" (ULDE)

ESTÁ EN [AMAZON](#)





SIGUE A: @CarolaVerc EN TUS REDES SOCIALES

NO TE PIERDAS LAS NOVEDADES DE LA ESCRITORA,
CAROLA VERCAIGNE, EN SU PÁGINA WEB:

<http://carolavercaigne.com/>



SI TIENES UN BLOG Y HAS ESCRITO UNA RESEÑA, ENVÍA EL ENLACE A TRAVÉS DEL
QUESTIONARIO DE CONTACTO DE LA PÁGINA WEB DE CAROLA.





SI TE GUSTAN LOS MARGAPÁGINAS DE LOS PERSONAJES, PRONTO, EN [LA WEB DE LA AUTORA](#) LOS TENDRÁS PARA DESCARGAR.

